

sed irreprehensibles en vuestra conducta, para que no burleis las esperanzas que en vosotros fundan vuestros maestros, vuestras familias y vuestra patria, y alcanzareis en premio los nunca manchados honores con que resplandecen la ciencia y el trabajo, cuando van acompañados de la virtud.—DICE.

HIMNO

CANTADO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION
DE PREMIOS, EL AÑO DE 1862.

CORO.

*¡Bellas Ninfas, venid y los triunfos
De la ciencia sublime ensalza,
Y con dulces y armónicas voces
Vuestro noble entusiasmo expresad!*

1.^o

Es la ciencia fulgente destello,
Que el Criador de su faz desprendió,
Más hermoso, más claro y radiante
Que la luz que á los astros vistió:
Pues la luz, á su vez, fué vencida
Por la noche que al mundo cubrió;
Y á la ciencia inmortal y gloriosa
La ignorancia jamás ofuscó.

Bellas Ninfas, &c.

2ª

De la ciencia el poder es tan grande
Como el mundo no tiene otro igual;
Y si lucha con bárbaras huestes
En reñida batalla campal;

Las quebranta, las rompe y destroza,
O ya esquiva su empuje fatal,
Y con arte encadena y sujeta,
Si ella quiere, su furia brutal.

Bellas Ninfas, &

3ª

Es la ciencia el más rico tesoro
Que nos dió de la vida el autor;
Ni la fúlgida plata le iguala,
Ni las obras de insigne primor,
Ni las joyas preciosas del Asia,
Ni del oro el brillante esplendor,
Ni hay riqueza en el orbe que pueda
Compararse á su inmenso valor.

Bellas Ninfas, &

4ª

Es hermosa y amable la ciencia,
Y se ve con sus gracias brillar,
Más aún que la misma belleza,
De su grande fulgor á pesar:

Pues cada año que pasa deslucen
La belleza gentil sin cesar,
Y el continuo correr de los siglos
Nuevo brillo al saber viene á dar.

Bellas Ninfas, &

5ª

¡Alma ciencia! ¡á tu aspecto grandioso,
Que á la misma hermosura venció,
Y á la luz, y á la fuerza, y al oro,
Quien jamás sin rendirse quedó?

Tu poder, que á los pueblos incultos
En dichosos y sábios tornó,
Feliz haga á mi patria querida,
Pues tu númen también adoró.

Bellas Ninfas, &

DISCURSO

Pronunciado en la solemne distribucion de premios, que se hizo entre los alumnos del Colegio Civil de Monterey, la noche del 30 de Agosto de 1862.

“Virtus est vitium fugere: et sapientia prima Stultitia caruisse.”
HORAT. LIB. 1º EPIST. 1ª v. 41 y 42.

Mucho temeria, señores, hablar en esta vez ante un concurso tan ilustrado y respetable, si no me animaran el conocimiento que tengo de vuestro carácter bondadoso, el noble objeto de este solemnísimos acto y la bondad intrínseca de las cosas que tengo que decir. Os ruego, pues, que me presteis vuestra atención, con esa benignidad que os es tan genial y que tan de veras necesito.

La solemnidad presente es sin duda de las mayores; pues en ella celebramos la distribución de premios de nuestro Colegio, solemnidad verdaderamente grandiosa, en la que, co-

UNIVERSIDAD DE N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
—37— “ALFONSO REYES”
MONTERREY, MEXICO
mo habeis visto, la veneranda mano de un Magistrado popular y respetable, ejerciendo un acto sublime de justicia, ha dado el merecido y honorífico galardón á los jóvenes estudiosos y buenos, que más se han señalado en el presente año escolar por su moralidad, instrucción, aplicación y urbanidad. Este acto, que llena el corazón de los sentimientos dulces de la más sincera alegría, me recuerda aquellos tiempos felices para las ciencias, en que los Tolomeos del Egipto, hace más de veintiun siglos, distribuían ricos premios y honrosos laureles, á la manera que en los Juegos Olímpicos, á los que más se distinguían por su saber en aquellos públicos certámenes, establecidos en la insigne escuela de Alejandría, que por tan grande número de siglos dió al mundo tantos y tan eminentes varones. Pero ¡qué diferencia se nota desde luego entre las solemnidades de aquellos remotos tiempos y la nuestra! Allá soberanos orgullosos, entronizados por la insolente fuerza de las armas, repartían á manos llenas el oro y las preciosidades arrancadas del centro del Asia; y entre nosotros vemos con la más cordial satisfacción á un Magistrado modesto y digno, constituido en el poder por la unánime voluntad de sus conciudadanos, distribuir humildes dones, económicamente sacados del escaso tesoro que un pueblo pobre, pero magnánimo, ha puesto en sus manos para los más preci-

esos gastos de la pública administracion. Felicitémonos porque, si la sábia Providencia concedió á los hombres de aquellos tiempos el fausto, la ostentacion y la magnificencia, reservó para nosotros las dulces afecciones, los más puros goces y las más tiernas emociones del corazon.

Las cosas de que tengo que hablaros no pueden ser más grandes, más sublimes, ni más interesantes; pues que son nada ménos que la virtud y la ciencia, aquellos preciosísimos dones con que la inmensa liberalidad del Ser Eterno enriquece á los hombres buenos y laboriosos que se afanan por merecerlos.

¿Y á quién deberé dirigir mi débil voz en esta ocasion tan solemne? ¿A quién sino á ti, ¡oh! amable y tierna juventud? Sí, á vosotros, ¡oh jóvenes alumnos! dirijo mis palabras, á vosotros que sois la esperanza del Estado, á vosotros respecto de quienes los profesores de este Colegio tantas obligaciones tenemos que llenar, por haberos puesto en nuestras manos el verdadero, el único padre del pueblo, cuyas benéficas miradas están fijas en vosotros con la esperanza de mejorar las generaciones futuras.

La educacion es sin duda el principal, el único negocio de la juventud, porque de él deben esperar ella y la sociedad toda clase de bienes. ¿Y cuáles serán las inamovibles y sólidas bases de una buena educacion? Yo os

lo diré en pocas palabras: no son, ni pueden ser otras, sino la virtud y la ciencia. Acostumbrar á los jóvenes á huir del vicio, para que puedan practicar la virtud; y desterrar de ellos la ignorancia, enseñándoles los principios fundamentales de las ciencias, es lo único que puede y debe hacerse en un Colegio.

El hombre no educado es como un campo eriazo, en el que las buenas semillas perecen ó se desarrollan mal, por lo duro y seco del terreno, y por la maleza y los abrojos que lo cubren. Dificil es, por cierto, desmontarlo y darle las necesarias labores sin destruir, ó á lo ménos maltratar gravemente, las escasas y débiles plantas buenas que espontáneamente ha producido. ¡Cuánto más valía haber comenzado á beneficiarlo al principio, cuando solo contenia los gérmenes buenos y malos! Entónces habria sido muy fácil destruir éstos y desarrollar aquellos por medio de un bien dirigido cultivo, obteniendo así más abundantes frutos, de mejor calidad y más tempranos. Hé aquí la razon por qué conviene comenzar la educacion en tiempo oportuno, y por qué os interesa tanto huir del vicio ahora que aún no ha echado raíces en vosotros, pues este es el único medio de sofocar en su origen el mal germen. Y tened por cierto que el solo hecho de huir de la maldad es ya una virtud, y una virtud fecunda que será el origen de otras muchas. Huid, pues, con todas vues

tras fuerzas de los vicios, para que podáis despues correr libremente por el camino de la virtud. No hagais cosa alguna de las que re-prueba la sana razon, huid como de un contagio pestilente de la pereza que embrutece, de la impiedad que degrada, del fanatismo que obceca, de la ingratitud que desnaturaliza, del egoismo que aisla, de la disolucion que destruye, de la ira que ciega, de la codicia que envilece, de la mentira que deshonra, de la intemperancia que aniquila; y de todo aquello que repugna á la santidad de la religion, á la pureza de la moral, á la integridad de la justicia y al bien de la sociedad. Apartaos no solamente de los vicios, sino tambien de los viciosos, porque la maldad contagia; y cuando viereis á esos infelices que, por haber dejado la senda de la virtud y desoído la voz de la sabiduría, cayeron en la inmunda sentina de los vicios, decidles con el Rey poeta: "Apartaos de mí todos los que obráis la iniquidad." Separaos, pues, cuidadosamente de los vicios y de los que los practican, porque en el combate contra las pasiones, la victoria más segura es la que se alcanza huyendo. Considerad cuan reprehensible temeridad seria querer combatir abiertamente con tan formidables enemigos como lo son las pasiones, que tantas veces han derribado aun á las almas fuertes y privilegiadas. De aquí es que la buena razon aconseja la fuga, como el medio

más seguro de salvacion. Y considerad tambien que jamás llegará á ser virtuoso el que primero no se aparta de la maldad; porque la virtud y el vicio son como la luz y las tinieblas, que se excluyen mutuamente y no pueden estar juntas jamás.

Insigne por extremo es la virtud, y el que la desprecia y no la busca es sin duda el peor de los hombres. Es tal su importancia y su excelencia, que debe considerarse mayor que la de todas las cosas juntas, inclusa aun la ciencia; porque como dice el sapientísimo hijo de Sirach: "Mejor es el hombre que es menguado de saber, y falto de cordura, timorato; que el que tiene grande juicio y traspasa la ley del Altísimo." Amad, pues, la virtud, buscadla, seguidla, teniendo por cosa segura que el único camino que os puede conducir al deseado término de poseerla, es huir del vicio; pues sin dar este primer paso jamás podreis adquirir la saludable costumbre de obrar siempre bien, que es en lo que principalmente consiste la virtud.

Si la virtud es una cosa absolutamente necesaria para la perfeccion del hombre, y para el bien de la sociedad, la ciencia es la cosa más útil, y aun puede considerarse tambien hasta cierto punto necesaria para los mismos fines; porque ella perfecciona el alma de tal modo, que haciéndola discernir el bien del mal hasta en sus ápices, las pone en las con-

diciones más ventajosas para el ejercicio de las virtudes: ¡Cuántos caen por ignorancia en lamentables yerros, y cuántos por ignorancia dejan de obrar el bien! y en uno y otro caso ¡cuántos males soportan el hombre y la sociedad, y cuántos bienes dejan de percibir! Y siendo tanta la utilidad de la ciencia, y teniendo nosotros tanta necesidad de ella ¿será justo resolernos á vivir envueltos en las tinieblas de la ignorancia? ¡Ah! no, léjos de nosotros semejante manera de pensar, pues ella solo daría la idea más triste de nuestro lamentable abandono. ¿Y cuál será el camino que nos lleve á tan iuestimable como deseado bien? El camino, el único camino que nos puede conducir á la ciencia, es trabajar de continuo en desterrar la ignorancia. Trabajad, pues, sin cesar desde la juventud en acrecer vuestros conocimientos, contemplando siempre la naturaleza, ese fecundo libro, marcado con el sello de la verdad eterna: estudiad, inquirid, aprended, seguid el consejo del sábio: “Si vieres un hombre sensato, madruga á él, y tus piés gasten las gradas de su puerta.” Así con el trabajo y la constancia llegareis á poseer un gran caudal de buenos conocimientos, con los que podreis muy bien labrar vuestra felicidad y la de vuestros conciudadanos. Pero si por una fatalidad lamentable no trabajáreis asiduamente, y en oportuno tiempo, para reunir estas preciosas riquezas, decidme:

“¿Cómo hallareis en la vejez, lo que no jurastéis en la juventud?”

Razon tuvo Afranio para decir, segun refiere Aulo Gelio, que la sabiduría es hija del uso y de la memoria. En efecto, el ejercicio bien dirigido de las facultades del alma da por necesario resultado el alcanzar algunos conocimientos; pero ¿qué sería de nosotros si la memoria, ayudada de un buen método, no los guardara cuidadosamente? De aquí se infiere con claridad que, para desterrar la ignorancia, no basta la abundante adquisicion de la riqueza intelectual, sino que es preciso tambien guardarla con el mayor esmero, y con tan ordenado método, que se tenga siempre á mano, por decirlo así, lo que se sabe, y pueda cada conocimiento servir á la hora que se haya menester. Por otra parte, muy bien sabido es que el uso constante de las facultades mentales aguza el ingenio y robustece el entendimiento, y bien sabido es tambien que el continuo estudio aumenta singularmente la memoria: el trabajo, pues, viene á ser el único medio, el medio seguro para desterrar la ignorancia.

Muy útil es sin duda la ciencia para el individuo, y es de todo punto necesaria para la sociedad; porque ella enseña al hombre á remediar sus multiplicadas necesidades, ella le revela el gran secreto de su poder, y ella fué quien produjo las sociedades. Por esto el

Orador Filósofo, el grande Ciceron, arrebatado de entusiasmo, apostrofando á la ciencia en una de sus Tusculanas, le dice: "Tú has dado á luz las ciudades, tú á los hombres deramados convocaste á una vida sociable, tú los juntaste primero por domicilios, despues por los matrimonios, despues por la comunicacion del idioma y de las letras, tú fuiste la inventora de las leyes, tú la maestra de la disciplina y las costumbres." En efecto, sin la ciencia la sociedad no podria permanecer; porque ella desarrolla el espíritu de sociabilidad, ella es la escuela de las buenas leyes, ella es la maestra de la política, ella da sábios y justos magistrados, ella produce útiles y obedientes ciudadanos, ella eleva las artes á la perfeccion, ella enseña á los hombres á reunir sus fuerzas, y de la mejor manera combinarlas, para valerse de ellas con la mayor ventaja; y ella, en fin, produce tantos, y tan grandes bienes, que yo no sabria enumerarlos, ni hacer de ellos una digna alabanza.

Pero con frecuencia sucede que la juventud encuentra un obstáculo, si no invencible, á lo ménos muy trabajoso de vencer, que le impide conseguir el inapreciable bien de la instruccion. Este obstáculo terrible es la pereza que, enervándo las fuerzas del espíritu, entorpece el entendimiento, inutilizándolo para todo trabajo intelectual. ¿Y qué remedio podrá encontrarse para esta peste aniquilado-

ra, que para colmo de desgracias es contagiosa? Salomon lo propone diciendo: "Pasé por el campo de un hombre perezoso, y por la viña de un hombre necio: y ví que estaba todo lleno de ortigas, y las espinas habian cubierto la superficie, y la cerca de piedras estaba destruida. Lo que habiendo yo visto, púselo en mi corazon, y con este ejemplo aprendí doctrina." Aprovechad, pues, ¡oh jóvenes! este saludable aviso, y decidios á trabajar incesantemente en echar fuera de vosotros la ignorancia, como lo más pernicioso y detestable. Considerad á aquellos infelices que, sumidos en ella, pasan una vida rodeada de miserias, llena de privaciones, y cargados con el ignominioso peso del desprecio de sus semejantes por su reprehensible abandono y su voluntaria pereza; y os decidireis más bien á emplear todas vuestras fuerzas, cualquiera que sea el trabajo que os cueste, en evitar la desgracia de caer en semejante abyeccion. Mas el que así no lo haga, aquel á quien ni la grandeza y utilidad de la ciencia, ni el espectáculo repugnante y horroroso de la ignorancia y la miseria, han sido bastantes para infundirle un ardiente deseo de saber, debe contarse por perdido sin esperanza alguna.

¿Y quién será el miserable que voluntariamente se ponga en un estado tan lastimoso, teniendo un remedio tan seguro en la aplicacion al estudio y en la meditacion continua

para evitarlo? Yo no creo, ¡oh jóvenes amados! que entre vosotros haya alguno que sea tan desventurado, que no anhele con toda su alma por la posesion del rico, del inestimable tesoro de la ciencia. Aplicaos, pues, decididamente hasta conseguirlo, y descansando un poco de las fatigosas tareas del año escolar que hoy termina, preparaos con nuevos bríos para trabajar con mayor empeño en el siguiente; oyendo con atencion y aprovechamiento las lecciones variadas y sublimes de la ciencia, y obedeciendo con docilidad y constancia los saludables preceptos de la virtud. Y si noblemente estimulados por el íntimo convencimiento de la imperiosa necesidad que teneis de ser virtuosos, si persuadidos de la incalculable utilidad que os acarreará el saber, y aterrorizados por el espantoso aspecto de la ignorancia y la miseria, llegareis á reunir la virtud y la instruccion, habreis entónces encontrado sin duda alguna el verdadero secreto de adquirir la sabiduría, no aquella sabiduría perecedera que dá el mundo, sino la verdadera, la única sabiduría; aquella que con tantas y tan repetidas instancias pedia Salomon; aquella que asiste al trono del Omnipotente Dios y que fué la electora de sus obras; aquella que es la productora de las riquezas, la inspiradora de las buenas acciones, la perenne fuente de goces inefables, y la fecunda madre de todos los bienes. Amadla con todo

vuestro corazon, buscadla sin descanso, seguidla de dia y de noche; no temais que se desdeñe de entregarse á vosotros, que ella es amadora de sus amadores, y gozosa se presenta á los que la buscan con decidido empeño. No os arredre lo muy largo del camino; pues que si la buscáis, al fin la encontrareis; y ella os dará grandes premios é inmarcesibles laureos, que sean la suspirada recompensa de vuestras tareas, la más dulce satisfaccion de vuestras familias, la más brillante gloria de este Colegio, y el espléndido lustre de nuestra querida patria. Feliz yo una y mil veces si con este mal formado discurso pudiera inspiraros el más encendido amor hácia esta divinidad bienhechora, pues con esto quedarian cumplidos mis más ardientes deseos.—DISE.